

trasporta las ollas pesadas, porque es muy fuerte, y mide la leche con la vasija de hojalata; doña Tula mezcla el cuajo con la leche y pone sal á los quesos; Gabriel espolvorea el azúcar y la canela sobre la cuajada; y yo bato la leche con el molinillo para preparar el jocoque, ó la oprimo y amaso con las manos para hacer el queso. Y todo se vuelve alboroto, risas, carreras y júbilo entre nosotros, con motivo de estas fiestas rústicas.

De esta manera, sin violencia y sin haberme propuesto siquiera agradar á mis bienhechores, he logrado tenerlos contentos, con sólo dar rienda suelta á mis aficiones, y conducirme con sencillez. Casi aldeana me he criado, y no conozco las exquisiteces y finezas de los salones. Soy como las aves, que viven de cielo, sol y campo, y he sentido ensanchárase el corazón, cuando he visto que mis bienhechores participan de mis gustos.

Pero noto que mi carta va tomando proporciones extraordinarias, y que no te digo nada que valga la pena. Concluyo, pues, aquí, querida prima, prometiéndote dejarte descansar por algún tiempo. No volveré á molestarte con mis letras hasta que haya algo notable que poner en tu conocimiento.

III

De carrera te pongo estas líneas para comunicarte un suceso importante que se anuncia en la familia. Ayer, inesperadamente, recibió don Javier un mensaje de Teodoro fechado en Nueva York, en el cual le noticia su próxima salida para México. Mis bienhechores creían á su hijo en la Habana, y aun aguardaban que volviese al país por Veracruz; así que han quedado sorprendidos con la nueva.

Según los cálculos del doctor, no tardará Teodoro más que una semana en llegar; de suerte que tenemos que andar muy vivas si hemos de dejar lista la casa para recibirle. Doña Tula ha mandado asear todos los cuartos, desde la sala hasta la cocina, limpiar los suelos, sacudir las paredes, poner fundas limpias á los muebles y hacer una nueva distribución de todo el moviliario. Como soy afecta á trajar y cuento ya en la casa como persona de confianza, he conseguido que doña Tula me deje trabajar á mis anchas, y desempeñarla en todo lo posible; de manera que ella es la cabeza que dirige y yo el brazo que ejecuta. Y como las dos somos emprendedoras y afectas á novedades, hemos volteado la casa de abajo arriba, so pretexto de arreglarla, y esta-

mos pasando unos días deliciosos, llenos de movimiento y de empresa.

El trabajo principal ha consistido en preparar la habitación del nuevo doctor, porque, según dice don Javier, necesita tres piezas: una para dormitorio, otra para estudio y otra para recibidor. Ha sido preciso echar mano del cuarto donde recibían lección Alejandro y Lupita, para hallar local suficiente; de aquí en adelante vendrán á recibirla á mi alcoba.

En medio de mis fatigas, no cesó de preguntarme cómo será Teodoro: si alto, si de corta estatura, si trigueño, si blanco, si serio, si amable, si guapo, si feo; y, además, cómo hallará nuestros arreglos, y si nos hará algún cumplido por nuestros trabajos.

Lo que principalmente me preocupa es si el joven doctor será tan benévolo conmigo como el resto de la familia, ó si irá á encontrarme insoportable. Como mi situación es tan indecisa, todo me alarma y veo dificultades y peligros por donde quiera. Pero estoy firmemente resuelta á defender mi dignidad á todo trance; de tal manera que, si Teodoro me ve con desprecio ó trata de darse humos de hombre superior por la inferioridad de mi condición, ó por estar recientemente vuelto de Europa, dejaré esta casa hospitalaria, ya sea con anuencia de sus dueños ó furtiva-

mente, y me iré á vivir contigo. ¿Verdad que me admites en tu compañía? Procuraré no serte gravosa; trabajaremos juntas, y nos serviremos mutuamente, más como hermanas que como primas.

Pronto volveré á escribirte dándote cuenta del gran suceso que aguardamos.

II

Ayer por la mañana llegó Teodoro por el Ferrocarril Central. Fuimos á la estación á recibirle, sus padres, Gabriel, yo y numerosos parientes y amigos de la casa. Cuando se detuvo el tren, don Javier impaciente, saltó al pullman para abrazar á su hijo. Poco después aparecieron los dos en la plataforma. Me pareció el joven sumamente alto y robusto, al revés de su hermano, y como si toda la vida que á éste le falta, se la hubiera robado aquél. Cuando bajó al andén, y pasadá la confusión de saludos y abrazos cambiados entre él y los que le aguardaban, fijó en mi los ojos. Doña Tula se apresuró á presentarnos:

—Teo, le dijo (así llama á su hijo por cariño y brevedad), te presento á tu nueva hermana. Ester Linares, que forma parte de nuestra familia, como te lo hemos dicho en nuestras cartas.

—Hija de mi querido condiscípulo Linares, á quien debo mi carrera, agregé don Javier.

—Señorita, dijo Teodoro tendiéndome la mano é inclinándose con exquisita cortesía, celebro mucho conocer á vd. personalmente; de nombre la conocia ya, y muy ventajosamente por cierto.

Sentí que un rubor repentino me encendía el rostro, y respondí balbuceando:

—Caballero, es vd. muy amable. Téngame vd. por su servidora.

A pesar de su aspecto atlético, es Teodoro de condición suave. Sus ojos ligeramente azules miran con fina bondad, y el timbre de su voz es blando y cariñoso. Sus grandes bigotes rubios, semejantes á los de un mosquetero, forman visible contraste con la amabilidad de su sonrisa alegre y casi infantil.

Tan pronto como llegamos á casa, don Javier y doña Tula se apresuraron á mostrar á su hijo las habitaciones que le habían destinado.

—Están excelentes, dijo después de haberlas recorrido y examinado minuciosamente; pero noto que me han cedido ustedes una gran parte de la casa, reduciéndose probablemente á vivir con incomodidad. No necesito tanto local; pero felicito á ustedes por el gusto exquisito de la instalación.

—Nada nos falta, repuso don Javier; tu madre y yo seguimos en las habitaciones de siempre.

—¿Y la señorita? interrumpió volviéndose á mí.

—Le he cedido mi despacho, repuso don Javier sonriendo; tengo otro mejor en el centro de la ciudad.

—Por cierto, objeté, que estoy muy apenada por ello. He venido á oprimir á ustedes, á darles muchas molestias.

Sentí la mirada de Teodoro fija en mí de un modo intenso. Algo iba á decir; pero le interrumpió doña Tula.

—Hija, exclamó, no diga vd. eso; vd. ha venido á alegrar nuestra morada y á ser el báculo de nuestra vejez. . . . Aquí donde la vez, continuó dirigiéndose á Teodoro, es el todo en la casa. Desde que está con nosotros, casi no me ocupo de nada. Ella sacude, cose, guisa, atiende al enfermo y se multiplica de una manera asombrosa. Te lo diré para que se lo agradezcas: ella ha sido quien ha arreglado tus habitaciones. Con razón las encuentras dispuestas con tan buen gusto. ¡Yo qué entiendo de eso! Pero Ester tiene gracia especial para todo; sabe dónde se ha de colocar cada mueble, á qué altura se han de colgar los cuadros, de qué color han de ser las cortinas y las alfombras, y otras mil cosas que tu padre y yo ignoramos por completo.

—Con toda el alma, repuso el joven dirigiéndose á mí, agradezco á vd. sus finezas, señorita, y le doy mis parabienes por su gusto exquisito.

—¡Cómo "señorita"! saltó doña Tula. No la llames así. Dile Ester. ¿No ves que forma parte de la familia?

—Pero ¿tan pronto? madre. No sé qué le parecería á ella que la tratase con esa confianza.

—Me parecería perfectamente, contesté poniéndome de nuevo colorada.

—En ese caso, continuó Teodoro de buen humor, no hay más que decirnos por nuestros nombres. Yo diré á vd. Ester, y vd. me dirá Teodoro. ¿No es esto?

—Vd. me dirá Ester....

—¿Y vd. á mí Teodoro?

—Todavía no, no tan pronto.

—Pues entonces tampoco yo, repuso el joven riendo de buena gana.

—Vamos, intervino don Javier con su rudeza habitual, no hay para qué perder el tiempo en niñerías. Ustedes se dirán por sus nombres, porque nosotros lo ordenamos, y santas pascuas.

Debo confesarte que, en mí fuero interno, no me pareció mal la intimación, pues no me repugnaba tratar con confianza al nuevo doctor. Tanto por eso, como por no contrariar al anciano, no hice ya ninguna objeción, dando así por entendi-

do que me sometía á tan imperioso mandato. Ya sabes lo que significa ese detalle. Apenas comienza el trato "vocativo-nominal," se inicia algo parecido á la intimidad en las relaciones sociales. Una concesión de ese género, aun sin reflexionar todo lo que significa, quiere decir más de lo que se cree: da título para entrar rápidamente en relaciones fáciles y de confianza. Es cosa que se siente más de lo que se explica.

Así fué como Teodoro y yo, desde el momento en que convinimos en hablarnos por nuestros nombres, comenzamos á vernos con mayor naturalidad y confianza, como si de largo tiempo atrás nos hubiésemos conocido.

Durante varios días, nos ha divertido Teodoro contándonos sus impresiones de viaje. Tiene palabra fácil y pintoresca, y retrata tan á lo vivo las escenas que describe, que parece estarlas uno mirando. Es muy observador, y ha traído de las tierras que ha visitado una multitud de datos y noticias del mayor interés. No ha viajado sólo por recreo, sino también por instrucción, y sin perder de vista el porvenir. Ayer nos contó que ha comprado en Londres un surtido completo de instrumentos de cirugía, que debe llegar muy pronto. Es entusiasta por su profesión y tiene esperanza de prosperar en ella.

Como ves, mis impresiones sobre Teodoro no son malas. Comienzo á tranquilizarme, y voy creyendo que el recién llegado no traerá complicaciones á mi vida. Pero no hay que hacer juicios precipitados; ya te seguiré poniendo al tanto de los sucesos.

V

Voy á confiarte un secreto muy delicado. Me parece que Teodoro me tiene alguna afición. No puedo interpretar de otra manera su conducta, á la vez fina, cariñosa, tímida y reservada. Siendo como es, un joven de sociedad y de maneras fáciles, se turba cuando estoy presente, y mucho más cuando le hablo. Muchas veces, por cualquier pequeñez, se le sube la sangre al rostro de un modo tal, que todos se lo echan de ver. Y lo más extraordinario es que algunas ocasiones nos ponemos colorados al mismo tiempo él y yo, por las mismas causas. Don Javier y doña Tula han caído ya en la cuenta, y se divierten á nuestra costa.

El otro día, cuando nos hallábamos á la mesa, al elogiar Teodoro una compota, observó don Javier:

—No es extraño que te agrade, ¡ya lo creo!

—No señor, repuso el joven, presintiendo tal vez la alusión. No es extraño porque está exquisita.

—Adivina quién la hizo, exclamó el mismo señor sonriendo.

—Madre, contestó el joven con tono inseguro.

—Nada tienes de zahorí, prosiguió el anciano soltando una alegre carcajada. No has nacido para eso.

—La hizo Ester, saltó doña Tula.

—“Es de la bella mano de Ester,” continuó el padre con énfasis.

—Mis felicitaciones, murmuró Teodoro sin volver los ojos á mí.

Yo estaba confusa, sin saber qué hacer ni qué decir.

—No vale la pena, articulé. Son ustedes muy amables. Todo lo que hago es para que ustedes lo elogien.

—Porque lo merece, replicó el doctor secamente; no elogio sino aquello que lo merece. Al pan le llamo pan y al vino vino.

Al tenor de esta escena, pasan otras á cada momento, durante las cuales entra mi espíritu en tales conflictos, que casi no sé lo que me hago. La buena voluntad que ponen mis bienhechores para sujetarme á estas torturas, me hace pensar que no ven con malos ojos la naciente inclinación de su hijo hacia mí; porque, si no la apro-

basen, lo manifestarían de algún modo, y se guardarían bien de darme broma con ella. Por aquí podrás colegir hasta dónde llega el cariño que me tienen.

Naturalmente, me preguntarás cuáles son mis sentimientos para Teodoro.

A tí, que eres casi mi hermana, no debo ocultarte nada. Desde el día que le conocí, me fué profundamente simpático, me hizo la impresión de no ser la primera vez que le veía. Me pareció que le había conocido desde antes, mucho tiempo antes, más bien dicho, que siempre le había conocido. A medida que le he tratado más, he ido encontrando, con asombro, que todo cuanto piensa, dice ó hace, merece mi aplauso, como si se pusiera de acuerdo conmigo antes de hablar ó de hacer cualquier cosa. Tan perfecta consonancia de afectos y de ideas entre él y yo, es cosa sorprendente, me parece una verdadera maravilla. El dice lo mismo respecto de mí, y sucede á menudo que al hacer alguna reflexión ó soltar alguna frase, expresamos la misma idea, con las mismas palabras y al mismo tiempo. Siempre que esto sucede, nos detenemos de repente, nos miramos, y unas veces nos reímos y otras nos ponemos serios.

En fin, querida prima, las cosas no caminan desfavorablemente en esta casa para mí, y sólo me preocupa mi situación

falsa, pues podría creerse que todo este cúmulo de acontecimientos es obra del cálculo, y que me he propuesto explotar á esta familia por todos los medios posibles. Siempre que me hago estas reflexiones, caigo en un desaliento mortal, y me propongo no dar pábulo á mis sentimientos, suceda lo que suceda.

Antes de concluir esta carta, tengo que darte una noticia muy triste. Gabriel se ha puesto muy malo. Casi desde que llegó Teodoro, está encerrado en su alcoba, participando poco de nuestra sociedad. Ha carecido de humor los días festivos para ir á Celaya, como solía; así es que nos hemos repartido en dos grupos las personas de esta casa: uno de mis bienhechores se queda con él, y el otro, Teodoro y yo nos vamos al campo. Teodoro, como sano y fuerte, es menos sensible y romántico que Gabriel, y aunque gusta también de la naturaleza, no la ve desde el punto de vista de aquél, sino desde otro muy diferente. Su preocupación principal cuando vamos á Celaya, es la de analizarlo y clasificarlo todo, como si estuviese en un laboratorio. Es más bien un botánico ó un naturalista, que un artista ó un poeta. Corta los tallos de las plantas y me muestra sus secciones, haciéndome conocer su formación interna. Me habla de las plantas acotiledóneas, monocotiledóneas y di-

cotiledóneas, y de otras muchas cosas que no comprendo ni quiero comprender. Todos para él son ejemplares, y los busca y los admira sólo bajo este concepto, lo mismo en tratándose de árboles que de plantas. Las descripciones que hace de los vegetales me dejan tan ignorante como fría, porque se vale de palabras técnicas cuya significación no conozco.

El examen y desmenuzamiento de las cosas naturales, me parece una profanación, porque esas cosas en su forma habitual, son hermosas y tienen la virtud de conmover profundamente el espíritu; pero descompuestas por el análisis ó sujetas al microscopio, se ven tan feas y descarnadas, que echan á perder todo el encanto. Así pasa con los vegetales: si se ven una por una sus fibras leñosas, sus vasos hinchidos de líquidos, sus estambres filiformes, sus hojas sembradas de bocas respiratorias, y sus raíces hinchadas y como enfermas, producen en el ánimo un desaliento indecible, una especie de desengaño doloroso. Todo, visto por dentro, es feo y prosaico. La belleza es cosa exterior y de prospecto. No hay que ahondar nada, querida prima. Es preciso respetar el fondo de las cosas, y contentarnos con su superficie. Así pasa quizás con todo lo que se refiere al corazón humano. Si descompones las acciones más admira-

bles, hallarás en su esencia elementos impuros en lugar de móviles sublimes; el acto más heroico, la abnegación más santa, pueden resultar inspirados por secretos é inconfesables impulsos, si los pasas por la retorta de la crítica.

Perdona tanta filosofía y ténme un poco de paciencia. Te decía, querida prima, que el modo de ver la naturaleza de Teodoro, me inspira desaliento, y que prefiero la manera con que la siente Gabriel, aun siendo tan melancólica y enfermiza.

VI

El día de ayer ha sido para mí de inolvidables emociones. Tiempo hacía, como te dije en mi carta anterior, observaba que Teodoro me veía con interés. Aquella actitud suya se fué acentuando momento por momento, y ya, á últimas fechas, la conducta del joven ha sido claramente amorosa. Mi decoro y mi situación, en conflicto con mi inclinación natural, me han obligado á ser demasiado reservada con él. Es seguro que Teodoro conoce la simpatía que me inspira, pues por más que procuro ocultarla, siento que me sale á los ojos y traiciona mi gravedad en mil pequeñeces y detalles que escapan á mi vigilancia. Con todo, no creo haber da-

do motivo para ser tachada de ligera ni de coqueta; antes bien, sospecho haberlo dado para que se me tenga por demasiado seria y un tanto orgullosa. Vale más así; no te parece? De otro modo, mis bienhechores y el mismo Teodoro se formarían de mí una idea muy mala.

Uno de estos días, al pasar frente á las habitaciones de Teodoro, observé se ocupaba en examinar algunos instrumentos quirúrgicos, que iba poniendo sobre su mesa de trabajo. Al columbrarme, me llamó por mi nombre, invitándome para que pasase á verlos; pero fingí no haber oído, y me pasé de largo sin detenerme. Oí entonces la voz de doña Tula que salía del fondo de la alcoba, y me llamaba.

—Venga vd., Ester, me decía la buena señora, Teodoro la llama; ¿no le ha oído?

—No, señora, respondí mintiendo, no oí su voz.

—Quiere enseñar á vd. los instrumentos nuevos que compró en Londres. ¿Está usted?

Entré en el saloncito con paso tímido, y saludé á Teodoro tendiéndole la mano.

Como doña Tula estaba en la pieza contigua, me contestó á media voz diciéndome:

—¿No quería vd. venir? ¿Me tiene vd miedo?

Pero yo, lejos de admitir aquel tono confidencial, repuse en alta voz para que me oyese doña Tula:

—No era eso. ¿Por qué no había de querer venir? Sin duda habló vd. tan quedo que no pude oírle.

El joven, contrariado, me vió con ojos de reproche; pero fingí no comprenderle, y aparté de él la vista. Suspiró y se consagró á mostrarme sus instrumentos, explicándome su objeto y haciendo funcionar su mecanismo. Parecían de plata por su brillantez y pulimento, y eran tan finos y bien acabados, como simples objetos de lujo.

—¿Y tiene vd. corazón, le pregunté, para hacer uso de esos cuchillos y de esas sierras, y cortar carne y huesos humanos?

—Sí, repuso con seriedad, porque lo hago para alivio de dolores y salvación de vidas.

—Yo nunca me resolvería á ello, repuse; me daría lástima.

—Pero no la tiene de destrozar corazones, objetó bajito y mirándome intensamente.

—No entiendo, contesté en voz alta—á pesar de que comprendía demasiado.

—No hable vd. tan fuerte, suplicó Teodoro.

—¿Cómo quiere vd. que entienda? pro-

seguí en el mismo tono y como aludiendo á los instrumentos; esas cosas sólo los médicos las saben.

—Es vd. muy cruel, murmuró con ira; no quiere vd. concederme nada.

—¿Quiere vd. que le ayude á meter los instrumentos dentro de sus cajas? proseguí por toda respuesta.

—No, repuso, yo lo haré sólo; vd. no entiende de estas cosas. Y me quitó con violencia uno que tenía en las manos.

Sin replicar, me separé de él y pasé á la pieza inmediata á conversar con doña Tula. Desde allí estuve oyendo al joven que nerviosamente y con estrépito acomodaba las cajas.

Como esa escena han pasado otras muchas, que fuera largo relatar, y que han puesto á Teodoro en tal estado de exaltación, que ha estado á punto de hacer flaquear mis propósitos; pero gracias á Dios, he tenido hasta hoy fuerza bastante para seguir observando una conducta reservada. No quiero que mis bienhechores me pierdan el aprecio.

Ayer, de sobremesa, nos quedamos solos Teo y yo algunos momentos. Don Javier se marchó á ver un enfermo de gravedad, y doña Tula fué llamada por Gabriel, que sufre ahora un fuerte acceso de asma.

Teodoro aprovechó aquellos instantes para decirme:

—Ester, ruego á vd. por lo más sagrado tenga compasión de mí.

—¿Por qué? repuse. ¿Le he dado á vd. motivo de queja?

—Socialmente no, repuso; pero no me refiero á eso.

—¿Pues á qué, Teo?

—Al trato afectuoso, al que reclamo para mí.

Sentí que el corazón me daba un vuelco y palpitaba con violencia. Una angustia extraña me invadió el pecho y me impedía respirar con libertad; y sentí las manos trémulas y frías, y en el ánimo la impresión de un miedo indecible. Pero aquel trastorno distaba mucho de ser penoso; me parecía dulce, nuevo, intenso, arcano. Hubiera podido huir, pero no tuve ánimo para dejar á Teo, ni para cortar la corriente de aquella extraña emoción.

—Me sorprende, repuse con acento inseguro, lo que vd. me dice, porque no tiene vd. motivo para reclamar de mí otra cosa más que una profunda gratitud.

—Es inútil, objetó con vehemencia, que se encastille vd. en esa reserva. Vd. me ha comprendido, y sabe á lo que me refiero.

—No, articulé, no sé nada.

—Suponiéndolo, prosiguió, suponiendo que vd. no haya entendido lo que han querido decirle mis ojos, es preciso que lo sepa; y como no tengo tiempo que perder

porque dentro de un momento serémos interrumpidos, voy á decírselo en seguida.

—No, por Dios, supliqué levantándome del asiento; no me diga vd. nada, no me lo diga....

Teodoro me detuvo cogiéndome por la mano.

—No se irá vd. sin haberme oído, protestó con firmeza. Lo que tengo que decirle es que desde el punto y hora en que la ví, hizo en mi corazón una impresión inmensa; que pienso en vd. á toda hora; que su nombre vaga constantemente en mis labios; que no puedo vivir sin vd.; y que necesito su amor grande, fiel y constante, no sólo para ser dichoso, sino para vivir.

—Usted obra con precipitación, le dije

—¿Cómo dice vd.?

—Que no me conoce todavía.

—La conozco á vd. mejor que á mí mismo, y sobre todo, la adivino.

—Nada valgo.

—Es vd. todo para mí.

El diálogo fué rápido y ardiente, y me pareció terrible.

Poco á poco, no obstante, había ido recobrando el dominio de mí misma. El exceso de la emoción de Teo, superior á la mía, me había ido tranquilizando. Sentía por instinto que mi espíritu dominaba al suyo en aquellos instantes.

—Está bien, Teo, le dije ocupando de nuevo el asiento y desasiéndome de su mano; trataremos este asunto seriamente, si vd. gusta que le demos ese giro.

—Es precisamente lo que quiero.

—En tal caso, proseguí, ruego á vd. considere mi situación. He venido aquí llamada por la bondad de los padres de vd., y no debo corresponder á sus favores con ningún acto que pudiera desagradarles.

—Me ofrezco como caballero á demostrar á vd. que cuento con su aprobación; pero exijo una contestación inmediata. El afecto que vd. me tenga ó deje de tenerme no puede depender de esa formalidad.

—Pero, sea como fuere, quiero sujetar una cosa á la otra.

—Pero si vd. no me quisiera, articuló Teodoro despechado, me lo diría francamente, y sin embajes ni rodeos. Déjeme creer que si me exige esos preliminares, es sólo por delicadeza.

Me lastimó su presunción, y repliqué con viveza:

—¿Y no podría ser también que me fuese penoso rechazar al hijo de mis bienhechores?

Teodoro se puso pálido.

—Tiene vd. razón, contestó; perdone vd. mi fatuidad. Avido de su cariño, me forjo la ilusión de que me pertenece. Lo

que acabo de oír, casi me demuestra lo contrario.

Arrepentida de haberle tratado cruelmente, repuse con acento que procuré fuese conciliador, y que resultó cariñoso:

—Yo no digo eso... ni eso ni nada; sino sólo que reclamo, antes de dar cualquier respuesta, saber lo que opinan el doctor y doña Tula.

En aquellos momentos entró la señora. Aunque acababa de ver al enfermo, y parecía un tanto afligida, sorprendida de la expresión de nuestras fisonomías, fijó en Teodoro y en mí una mirada interrogadora.

—Me alegre, madre, que hayas venido, dijo aquél; te necesitaba. Estaba diciendo á Ester...

Comprendiendo lo que iba á decir el joven, me levanté y eché á correr con presteza; y refugiándome en mi alcoba, me encerré con doble vuelta de llave, como temerosa de ser perseguida.

VII

He pasado una noche muy agitada. Casi no he dormido pensando en mi situación.

Es probable que la opinión de mis bienhechores me sea favorable. Espero que

Teodoro me lo comunique así hoy mismo; pero ¿si no lo fuese? Debo admitir como posible que ellos no se conformen con la elección de su hijo. Vale tanto Teodoro es tan estimado y goza tal popularidad en la población que, por alta que fuese la idea que tuviese de mí misma, comprendo que sacrificaría una buena parte de su porvenir enlazándose conmigo. ¿Qué ventajas positivas puedo llevar á su lado? Aparte de mi persona, que es un contingente bien pequeño, no ganaría ni riqueza, ni posición social, ni parentela aristocrática, ni nada de lo que pudiera conquistar si fijase los ojos en alguna otra joven de esta ciudad.

Si soy rechazada, daré la razón á mis bienhechores; pero quedaré profundamente lastimada, y no podré continuar aceptando la hospitalidad de esta familia. Tendré que marcharme de aquí, y me marcharé, porque mi vida de otra suerte, sería muy humillada.

¿Y qué haría, después de perdidos este apoyo y esa esperanza? ¿A qué rincón del mundo iría á refugiarme? Me acogería á tu hogar, y me recibirías con los brazos abiertos; pero sólo iría á aumentar tus penas, pues tu situación no es para proteger huérfanos y desamparados. Bien sé, no obstante, que cuento con tu cariño. Esta idea me consuela.